

En el tren de la izquierda: Almudena Grandes, una mujer columnista

La novelista se sumó con sus columnas a la tradición de pioneras como Maruja Torres, Rosa Montero o Montserrat Roig. ‘Escalera interior’ reúne sus artículos con escenas costumbristas ambientadas en alguno de los temblores provocados por la crisis del 2008



La escritora Almudena Grandes en marzo de 2016 fotografiada para su colaboración en el EPS.
ALEJANDRO RUESGA

BÉCQUER SEGUÍN

06 FEB 2025 - 05:30 CET

🕒 f X 🦋 in 🔗 10 🗨

El domingo 10 de octubre de 1999 fue un día importante para *El País Semanal*: fue la primera edición tras su remodelación y el cambio de nombre. La novelista Almudena Grandes ya era [columnista de la revista](#). Se había incorporado de manera regular a principios del año anterior junto al lusófilo escritor italiano Antonio Tabucchi, el multifacético militante chileno Luis Sepúlveda y el entonces recién galardonado Premio Cervantes Guillermo Cabrera Infante. En la nueva etapa, que recuperaba a Maruja Torres entre otras firmas, Grandes se mantenía con nombres claves de las letras de la democracia: [Antonio Muñoz Molina](#), Rosa Montero y Manuel Rivas.

“Llegué a la columna desde la literatura,” explicó Grandes en un [congreso patrocinado por la Fundación Manuel Alcántara en el año 2014](#). “El primer sitio al que llegué fueron a los [artículos de El País Semanal](#), que, para mí, fueron un problema muy grande... Cuando mi artículo estaba ilustrado, yo tenía que entregarlo veinte días antes de que se publicara... No podía escribir sobre la actualidad... No sabía qué hacer. Mi jefe en el Semanal, [Álex Martínez Roig](#), me sugirió que por qué no elegía un título, por qué no le daba un marco argumental a la página y escribía relatos sobre vida cotidiana. Me pareció una muy buena idea.

Entonces le puse *Mercado de Barceló* porque era el mercado que estaba en frente de mi casa y empecé a escribir... Como no podía ocuparme de la actualidad y como tenía que entregar muy pronto, yo poco a poco fui haciendo lo que sabía hacer. Entonces esos artículos cada vez eran menos periodísticos y más literarios.”

MERCADODEBARCELÓ

Treinta años después

Por **Almudena Grandes**

Si marcara en un plano de la ciudad todas las casas en las que he vivido, el resultado sería un círculo casi perfecto. Desde que, a los 10 años, mis padres me llevaron a vivir con ellos a un barrio residencial y desolado, hasta hace menos de dos, cuando por fin logré mudarme a una calle paralela a la que tuve que abandonar entonces, la trayectoria geográfica de mi vida ha dibujado un lento y trabajoso regreso hacia el comienzo. Entre las consecuencias de mi reencuentro con el perfil de cúpulas y torres que poblaron el cielo de mi infancia, en la misma esquina donde estuvo siempre, está el mercado.

No es un edificio singular, desde luego. Construido hace casi medio siglo según los dudosos criterios de modernidad que han logrado que tantos edificios del centro de Madrid parezcan hoy viejísimos sin haber llegado nunca a ser antiguos, su anodina fachada de ladrillo encubre con eficacia un laberinto de empinadas escaleras de granito y pasillos alfombrados de linóleo en los que resulta asombrosamente fácil perderse. Delante de los puestos sigue habiendo un banco de metal, situado a la altura justa para que los niños pequeños puedan contemplar de pie la fascinante opulencia de los escaparates escalonados, y más abajo, a ras del suelo, un canalillo que forma parte de todo un sistema, como una red de acequias diseñada para evacuar el agua que se desborda en la limpieza diaria. A simple vista, todo está igual que entonces, cuando mi madre me arrastraba de la mano y los tenderos me conocían por mi nombre, y, sin embargo, quizá no exista un espejo que refleje con más precisión lo que ha cambiado en todos estos años.

Recuerdo imágenes fugaces, como planos sueltos de una película en blanco y negro. Hasta en los días más crudos del invierno, mujeres en zapatillas, vestidas con esas batas livianas que identificaban a las chicas de servir, cruzaban a toda prisa el paso de cebra, apretándose sobre el pecho una rebeca que parecía una broma contra el frío. Por eso siempre tenían la nariz colorada, y daban pisotones en

el suelo para entrar en calor mientras esperaban su turno, sin llegar a descomponerse nunca el peinado, el flequillo tirante, pegado al cráneo con dos o tres horquillas de más. Llevaban el dinero en un bolsillo, pero eso no resultaba extraño porque ninguna señora iba con bolso al mercado. Era la época de las bolsas plegables y el monedero en el puño, las ancianas de luto y las vueltas al céntimo, los aprendices ligones y la compra por duros, tres de mortadela, cuatro de salchichas, 25 pesetas de queso manchego. Ahora, todos esos detalles se han extinguido, pero el espectáculo de la gente que pregunta, y compra, y paga, y vacila y estudia los precios, no ha perdido un ápice de su viveza. En esta sofisticada versión de la necesidad animal de conseguir alimentos, los seres humanos revelan tanto de sí mismos que es casi imposible ceder a la tentación de inventarse la vida del desconocido que espera a nuestro lado, y a veces, hasta de seguirlo hasta su casa para averiguar dónde, cómo, con quién vive. La jungla urbana, repleta de tipos raros y solitarios, de seres irresistiblemente misteriosos en su opaco y grisáceo anonimato, de bellezas vulgares y de vulgaridades apasionantes, que inspiró la teoría de la modernidad en escritores como Baudelaire, sobrevive intacta en lugares como éste.

En el progresivo descarnamiento de la vida de las ciudades, ahora que los barrios se confunden cada vez más con las zonas de aparcamiento y los vecinos son figuras intercambiables en un puzzle perpetuamente inacabado, los mercados que han resistido en pie la agresión de las grandes superficies representan modelos a escala de una sociedad que se desdibuja sin remedio en el diálogo mudo del comprador aislado con las bandejas de poliuretano cubiertas de celofán, que nunca llegarán a saber su nombre. El mercado es un mundo completo en las tripas del mundo, una realidad que se estrena a sí misma cada mañana, una función diaria de la vida, y tal vez la ventana más privilegiada a la que un escritor puede asomarse para mirar, escuchar, y encontrar a sus propios personajes. ●



“
El mercado
es un
mundo en
las tripas
del mundo,
una
realidad
que se
estrena a
diario
”

Los artículos de esa primera etapa, recogidos en el libro [Mercado de Barceló](#) (2003), hicieron de un viejo mercado de abastos —que en aquel entonces se encontraba en declive— un acelerador de partículas construido para descubrir, a través de choques entre ideas distintas, los elementos más básicos de la sociedad española. Una cabeza de rape rodando por el suelo “con la imponente autoridad de un viejo monarca guillotinado” inspira una reflexión sobre el exceso ecológico que supone la basura orgánica. Un yogur descremado activa una diatriba contra el marketing del capitalismo tardío, que ha conseguido ejercer tanto control económico, social y psicológico que “hemos vuelto a vivir en nuestro cuerpo como en una cárcel.” Un monólogo disfrazado de conversación en la cola de la carnicería destapa algunos de los problemas, como el del fenómeno de la sobrecargada abuela niñera, obviados por el estado de bienestar.

Lo trataba todo, presentación, nudo y desenlace incluidos. Con sus artículos los domingos pretendió intervenir en el debate público en voz baja. Eludía los debates sobre lo que [Nietzsche](#) llamaba la Gran Política y se centraba en lo que la crítica norteamericana Emily Apter llama la política con *p* minúscula: momentos cotidianos no aparentemente políticos que, aún así, abren la puerta a una política colectiva duradera.

Con su columna, Grandes seguía la estela de las opinadoras totémicas que habían ayudado a marcar la pauta del columnismo español durante la transición y los años posteriores. En aquellos tiempos finiseculares, ni se había cumplido una década del fallecimiento por cáncer de mama de la mítica articulista (y mucho más) [Montserrat Roig](#), que empezó por prestar su pluma a esa bomba rebelde de tinta y papel llamada *Tele/éXprés*. A Roig la sobrevivieron columnistas como [Rosa Montero](#) o [Maruja Torres](#), que habían colocado un calzo en la puerta para las que querían experimentar con tono metódicamente vitriólico. Este grupo también contaba con [Carmen Rico Godoy](#), hija de la gran [Josefina Carabias](#), que, durante la Transición, ayudó colocar a *Diario 16* como cabeza de serie del periodismo de opinión, dándole un toque temático irresistible a las firmas habituales como el mismo *Diván de Carmen Rico Godoy*, en el que sentaba cada lunes y viernes a su paciente, la sociedad española.

Aun así, la situación de la mujer columnista seguía estancada en una época trasnochada. La existencia de figuras como Roig, Montero, Torres o Rico Godoy eran las excepciones. “Las mujeres de nuestra generación no éramos ni tertulianas, ni columnistas, éramos solamente periodistas,” detalló [Consuelo Álvarez de Toledo](#) en el congreso del 2014, haciendo referencia a las periodistas de la Transición. “Éramos periodistas de agencia que teníamos que correr por los pasillo,s porque nuestro mérito era dar la noticia antes que los demás. Eso enseñaba mucho.”

Esta realidad se extendió hasta la primera década del siglo XXI. Un estudio de los siete principales diarios nacionales (incluido EL PAÍS) durante los primeros años del nuevo milenio, realizado por la catedrática María Jesús Casals, reveló que solo 21 de los casi 200 columnistas, o un 10,5 por ciento, eran mujeres. Las mujeres columnistas solo contribuían un seis por ciento de la producción columnística del país. La divergencia entre las dos cifras, ambas bajísimas, se explica por el hecho de que, mientras casi tres docenas de hombres publicaban una media de casi dos columnas por semana, la única mujer que alcanzaba la misma tasa era [Carmen Rigalt](#) de *El Mundo*.

Eso sí, en *El País Semanal* había más paridad. Las mujeres columnistas formaban una minoría sustancial. Entre los nombres que poblaban el territorio se encontraban, junto a autores recurrentes como los de Antonio Gala, [Terenci Moix](#) o Muñoz Molina, los de Montero, Torres, Grandes y la sexóloga Elena Ochoa. También solían aparecer los de [Elvira Lindo](#), Paz Padilla, o Shere Hite. La mayoría de estas mujeres llegó al columnismo, al igual que Grandes, desde la literatura. El resultado fue una aglutinación extraordinaria de talento inigualable por otras revistas y otros periódicos de la época.

Los columnistas del EP[S], hombres o mujeres, en gran medida eran escritores. La única publicación que tal

vez amenazaba con alcanzar los números del dominical al respecto yacía en otra esquina del mismo periódico: la sección de opinión, que en aquel momento contaba con las firmas de Javier Marías, Vargas Llosa, y unos cuantos escritores más. Aun así, había una diferencia que no se puede soslayar. Exceptuando a Montero, Torres, la futura directora Soledad Gallego-Díaz y [una tribuna ocasional de Cristina Peri Rossi](#), la sección de opinión de EL PAÍS apenas contaba, durante sus primeros veinte años de vida, con firmas femeninas.

En otoño del 2004, tras un año y pico de baja, Grandes retomó su columna. Estrenó la segunda etapa con nueva cabecera: *Escalera interior*. Éste sería el nombre con el que [llegaría la columna hasta el 27 de noviembre de 2021](#), cuando, el mismo día que falleció por un cáncer con el que había vivido durante más de un año, se publicó su última entrega.

Con el título '[Unos ojos tristes](#)', esa última entrega es la que abre la colección de artículos *Escalera interior* (Tusquets), editada por Elisa Ferrer. El artículo trata un fenómeno que había ido cobrando cada vez más importancia en su pensamiento: la creciente enajenación que sentía de cara a ciertas tendencias vinculadas con la izquierda. En este caso se trataba de la moda quinquí, que había visto un deslumbrante resurgimiento en la cultura contemporánea. Pero a Grandes le hizo recordar una figura prácticamente olvidada: la de [El Lute](#) y aquel grupo marginalizado de los sesenta. “Fue la primera vez que un mundo ajeno se hizo parte del mío,” aseveró. “Lo que yo recuerdo ahora, en esta marea de botas de charol rojo y de nostalgia de una estética maldita, es el abismo de tristeza en los ojos de un hombre abatido no por la policía, sino por el destino”. Grandes no dejaría pasar desapercibida cualquier apropiación cultural que ignorase la historia de la que también se apropiaba.



La pianista Rosa Torres-Pardo en el homenaje póstumo a Almudena Grandes celebrado en noviembre de 2022 en el Teatro María Guerrero de Madrid, ALBERTO ORTEGA (EUROPA PRESS / G (ALBERTO ORTEGA (EUROPA PRESS / GETTY IMAGES))

Había otros columnistas que veían la izquierda pasar por delante como si estuviesen parados en un andén. Solo falta recordar las polémicas de la última década que protagonizaron Javier Marías sobre [Gloria Fuertes](#) y [el movimiento #MeToo](#), Savater sobre [la pederastia en la Iglesia](#) y [el cambio climático](#) o Vargas Llosa sobre [los países que “votan mal.”](#) Estos y otros escritores pasaron en gran medida de escribir para revelar a escribir para provocar, sin intentar comprender por qué el mundo político que pensaban conocer como la palma de su mano ahora les parecía un pantano inhóspito que mejor ni pisar. La Grandes de 2008, la de [la polémica columna sobre la Madre Maravillas](#), tal vez habría hecho lo mismo. Pero la última Grandes, como atestigua esta nueva colección, nunca se apeó del tren de la izquierda. Observaba los mismos acontecimientos con esa característica [melancolía de izquierda que han analizado Enzo Traverso](#) y tantos otros. Nunca se apagó su curiosidad por los vaivenes de la política contemporánea, pero reconocía muy bien que a veces resultaba mejor guardar la indignación no para los fenómenos que la gente no veía, sino para aquellos que la gente no quería ver.

Esa indignación la desató en artículos como [‘Ayer, hoy, mañana’](#), del 2019, conmemorando el octogésimo aniversario de la caída de Barcelona durante la Guerra Civil. “Es un buen momento para recordarlo,” reza la primera oración. Pronto empezamos a sentir la furia. “Huyeron... huyeron... huyeron... huyeron.” El metrófono retórico de Grandes es, para sus lectores, ineludible. Subraya una orientación tanto estética como moral. Sabía que era necesario mantener viva la rabia sobre las víctimas de la Guerra Civil para que, con el paso del tiempo, no pasasen a ser otro sedimento cualquiera en el acantilado de la conciencia colectiva española.

Pero a veces podía pasarse. El artículo recordando a las víctimas termina con esta sentencia: “Quienes salieron de sus casas para echar a andar por una carretera no eran hondureños. Quienes surcaron el Mediterráneo en barcos abarrotados para no obtener permiso de desembarcar en puerto alguno no eran africanos. Quienes cruzaron ríos a nado... se apellidaban García, Martínez, Fernández, López. Habrían podido ser sus abuelos, o los míos.” Las alusiones son contundentes. Pero también son incómodas. Sí, los españoles exiliados también fueron refugiados, pero aquellos hondureños y africanos—sean españoles o no, habrían podido ser familiares nuestros o no—también se merecen la misma rabia que nuestros posibles antepasados.

Muchos de los textos de *Escalera interior* trazan escenas costumbristas ambientadas en alguno de los temblores secundarios de la crisis del 2008. Muchos empiezan en media res. Y muchos, a diferencia de los artículos de la primera etapa del *Mercado de Barceló*, lanzan un comentario político explícito, sin ese complejo de inferioridad columnística más bien propia de aquellos escritores de habla inglesa (véase Zadie Smith, Rachel Cusk) que muy de vez en cuando prestan sus opiniones políticas a la esfera pública. Las escenas toman lugar en una España ya marcada por Skype y WhatsApp y una crisis que no deja de agobiar, frustrar y quebrar familias, amistades o cualquier otro tipo de relación personal. Son artículos al estilo de Larra, atravesados por la mirada antropológica de Galdós y la crítica social de Blasco Ibáñez.

La colección termina cerrando la historia con la que empezó: el cáncer. “El cáncer,” [explica](#), “es una enfermedad como otra cualquiera, desde luego un aprendizaje, pero nunca una maldición, ni una vergüenza, ni un castigo.” Ni tampoco un motivo para la escritura. A diferencia de otros autores, como la británica [Jenny Diski](#), cuya diagnosis fue el motivo para escribir lo que serían 17 episodios de sus memorias en tiempo real para el *London Review of Books*, Grandes hizo todo lo contrario: no lo volvió a mencionar. Al final serían unas siete semanas las que escribiría con el conocimiento público de su condición. En sus últimos artículos, no faltan referencias a la mortalidad: [la fatalidad de la Cumbre Vieja](#), [la muerte de su madre](#), [la incertidumbre vital de un joven kurdo iraní llamado Karim](#). No faltan referencias, salvo a la suya.

Bécquer Según es crítico literario, profesor de la Universidad Johns Hopkins y autor del ensayo ‘The Op-Ed Novel’ (Harvard).

Pepa Bueno, directora de EL PAÍS, y Luis García Montero presentarán ‘Escalera interior’ el próximo 12 de febrero a las 19.00 en el Espacio Fundación Telefónica de Madrid.